

HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

GUIA DE LA JOVEN POESIA ECUATORIANA

PERSPECTIVA DE TRES SIGLOS

EL relieve físico del país, la variedad de climas—cálido, con aliento de frutas y marisma próxima, en el litoral que el mar Pacífico llena de conchas y de espumas—, fresco y cruzado de vientos en la meseta, glacial y lluvioso en el páramo, la fisonomía de las ciudades de española arquitectura, y de espíritu entre indígena y criollo, han determinado en el Ecuador una poesía característica, de diferenciadas voces y encaminada por dos derroteros raciales. Durante la Colonia, y hasta el segundo cuarto del siglo XIX, el pueblo vivía sin escuelas y sin libros y la cultura visitaba sólo los salones de las clases acomodadas. Los jesuítas eran los únicos que escribían en renglones cortos—o mejor fabricaban confitura lírica—y componían décimas, letrillas y toda clase de malabarismos verbales, en los que se habían adiestrado caminando por los intrincados vericuetos del latín. El viento del culteranismo sacudía los hábitos religiosos y las bellas letras se rociaban abundantemente con miel, gracia-nasca y gongorina. Fabio—el de las ruinas de Itálica—trasplantado a la andina meseta, a orillas de los ríos labradores, entre árboles y pájaros americanos, sufría de un catarro crónico.

Luego viene la época de los fabulistas, en que García Goyena se lleva la palma en las Américas del Sur y del Centro y las sombras se aclaran con el resplandor épico de Olmedo—de educación también jesuítica—, amigo de Bolívar y libertador y legislador él mismo como los vates de la antigüedad. Otra vez las epístolas a Fabio. (García Moreno alterna los decretos presidenciales con la sátira y el epigrama, ciñéndose a la métrica española como a las encíclicas de Su Santidad, al que hace asignar por el Congreso una pensión en su cautiverio).

La poesía de sabor y tema indígenas se inicia con Juan León Mera, sigue con Luis Cordero—elegíaco y jocoso a la vez—, Quintiliano Sánchez, Crespo Toral, Romero León y culmina en un sector de la poética actual. Mientras tanto, la tradición española se continúa en Julio Zaldumbide—formado en el modelo de Fray Luis de León—, Honorato Vásquez, señor del idioma, unas veces popular y otras veces arcaizante, autor de romances que nadie ha superado en el Ecuador; Riofrío, Miguel Moreno y otros, hasta dar en los poetas más jóvenes, como los hermanos Rumazo González, Antonio Montalvo y el propio Romero Cordero, que unas veces canta a los indios—a las civilizaciones precolombinas—y otras a las carabelas del Descubrimiento.

Hay un paréntesis de tiempo en que esta tradición se interrumpe y el aura francesa impulsa a crecer a los retoños, a los nuevos elementos de la cultura ecuatoriana. Son cuatro lustros—1909, publicación de «Flores Tardías y Joyas ajenas», hasta 1929, muerte de Humberto Fierro—en que andan de mano en mano Baudelaire y los simbolistas. Arturo Borja, Silva, Noboa, Fierro, publican sus cuadernos líricos donde hay un fárrago decorativo de rosas, surtidores, cisnes y flautas y donde se transpara como en una fuente, la sombra de Samain.

NUEVAS CONSTRUCCIONES

Una transformación política da comienzo a la vida nueva, 1925, 1926: Aparecen algunos libros auténticamente renovadores, entre ellos: «Treinta poemas de mi tierra». Jorge Reyes canta las calles coloniales, los patios—ampliamente abiertos al cielo como los patios andaluces—las leyendas, la fisonomía criolla de la ciudad de Quito. Escribe un poema en loor de Miguel de Santiago, pintor ecuatoriano que logró durante el coloniaje una trascendencia universal. Reyes es agudo, sarcástico, observador fiel, con un pliegue de amargura y otro de cinismo en su poesía. Ya alguien ha dicho de él que tiene una psicología de pilluelo de arrabal. En su manera hay una secreta intención de no aceptar antecesores y de revolucionar ciertos conceptos que parecían vitales. De renunciar a todo acicalamiento lírico y despojarse de lo falso y lo superfluo. Su desnudez parece sumergirse a veces en el prosaísmo; pero, a poco ahondar, se encuentran casi siempre ocultas y finas esencias poéticas. En su último libro «Quito, arrabal del cielo», se extreman algunas de sus características anteriores, su imagen se clarifica y se humaniza, buscando su origen en las cosas, en la realidad sin relieve de la monótona vida diaria, sin perder los acostumbrados ecos nati-

vistas en especial ciertas resonancias de Silva Valdés. De las asperezas del vivir, su poesía termina por extraer un jugo de rebeldía, una acidez filosófica que cree que sólo una revolución social puede redimir al mundo de su fealdad. Reyes en los últimos tiempos se acerca un poco al actual Alberti—autor de la desbordada «Vida de mi sangre» y miembro de una célula comunista—no sólo por la anchura de sus versos, sino también por su imagen, de estructura que podemos llamar proletaria:

No lejos de los ojos tenaces de las ventanas
ni de los ladrillos que descienden desde las techumbres envejecidas
junto a los chicos cuya patria es un charco
y que se alegran como las gallinas entre el estiércol.

(Hombres y mujeres juntos...)

En un país de primavera
donde el cielo es una cosa azul y alta
y los árboles crecen como hombres;
en un país de primavera
donde la caña brava es mansa
y los trigales lindos y rechonchos
y el cacao huele casi como cacao;
en un país de primavera
ah, cada cual es importante.
Olvida mi aspecto deplorable
por este saber mío donde están mis zapatos,
mi cabeza sin palmas,
y la angustia invadiendo, deprimiendo, arrollando
y el hambre de las gentes arrastrándose
y los hombres lamiendo la mano de los hombres
y la mira de los fusiles
atajando el avance de los gritos.

(El gusto de la tierra)

Miguel Angel León es un valorizador estético de cosas y paisajes, un animador de la vida criolla, un testigo patético del multánime dialogar de volcanes y lagos, bosques y ríos en la meseta americana. Interpreta la voz y el activo fluir de los elementos: el agua, el fuego, el aire. En su libro «Labios Sonámbulos» cultiva la modalidad ultraica, con un matiz muy personal que le coloca entre los poetas ecuatorianos de imágenes más felices. A su habitual tono campestre, a su amor, de lo inmenso a la vez que del detalle, suma una visión panorámica del Continente y su poesía adquiere el vigor de la arenga, el vuelo entusiasta de una encendida fe en la futura unión de todos los pueblos de América y en el advenimiento de un nuevo orden vital que haga gozosa la permanencia del hombre en la tierra.

Después de su primer florecimiento poético, León solicitado por las tareas menudas de su modesta vida en la provincia natal—que ilustra el Chimborazo con su cristalina presencia—ha escrito con mano desalentada:

Vivo como en un jardín entre los escombros
de mi juventud sin historia.
Todo lo he borrado con una alzada de hombros
y amo más a mi perro que a la gloria.

LINDEROS DE LA ÉPICA

Hay que remontar las aguas de la lírica ecuatoriana para dar hace doce años, con la obra inicial de Gonzalo Escudero, en ese entonces neo-parnasiano y cazador de vocablos exóticos por los jardines de Herrera y Reissig. Escudero posee un recio temperamento artístico y una cultura de paciente acarreo que le dan un sitio de preferencia en el panorama de la joven poesía. Alternando los estudios sociológicos, y los menesteres políticos con los viajes, el poeta ha ido afirmando su concepción ética y estética del universo y fortaleciendo en un constante ejercicio su imagen que adquiere progresivamente una agresiva flexibilidad de músculo. En estos días ha aparecido en Madrid su libro «Hélices de Huracán y de Sol», que lo sitúa en el cuadro de la nueva épica, por la intención, el tono y el impulso. Hay rezagos en su actual manera de las «Parábolas de la Luz y de la Tiniebla, del Sol y del Infinito», ya que es la misma línea de extraño panteísmo y de cósmico temblor la que se continúa en este libro de hoy. Mas el poeta no es el instrumento del cosmos, ni se oye por su intermedio el mensaje de la tierra. Más bien, se alza delirante, en actitud retadora contra los elementos y su frente va a dar contra los límites, las nociones humanas de infinito, de Dios, de espacio, de eternidad. El mundo se le presenta alegóricamente y se niega a librarle—no sin lucha—su oculto significado, quedándose el contemplador en el reino confuso de las apariencias. Así, el ventisquero, es una garra, la noche es un órgano, el huracán enarbola catedrales de arena, el universo salta con su cox infinita, el trueno es el «sorbo de Dios». Los remolinos de astros, las vorágines de tinieblas, la luz «que prende la luz», son el cortejo del poeta que viene de atesorar experiencia en la mejor poesía francesa: Lautreamont, Claudel, Salmon. La numerosa anchura claudeliana se despliega a través de todo su canto. Isidoro Ducasse aparece y desaparece como un fantasma («Tú», El hacha del espasmo decapita a los amantes», «la cerveza negra de los acantilados», «las muchachas encinta

cuyo vientre es un acordeón que aúlla», «se oye la noche torrencial como un circo de fieras»), y, sobre todo, esos alucinados «Ases»:

Rabo, cometa nómada, lobo siniestro, diente mortal, trece personas en la mesa y tres luces, partículas volátiles de un espejo nepente, arañazo de gato y caída de bruces.
 Trece horas del reloj, sexo del tiempo. Muertos que cabriolan de amor al ritmo de sus zancos, enastando en los mástiles de los mares desiertos la banderola de sus doce dientes blancos.
 Araña que nos roe romántica el costado.
 Isidoro Ducasse que apura plomo hirviente, Coces chasqueantes y ácidas que dispara el ahogado, petardos de vitriolo en la luz del torrente.

«La Ciudad Antártica» nos trae a la memoria «La Ciudad Polar» de André Salmon. Mas la voz poderosa y personal del poeta domina el coro de las pequeñas reminiscencias y se levanta vital y esdrújula. Ensayo, de vez en cuando, una interpretación del paisaje americano, y enumera los grandes fenómenos naturales en un original y lírico inventario:

«Barrancos heridos
 por las tizonas líquidas de las cascadas.
 Huracanes que derriban a los robles,
 Incendio de berilo de las selvas.
 Tormenta que descuaja a los árboles.
 Lagos, cacharros para beber los plenilunios,
 Pumas que saltan con su torso de mujeres vencidas.
 Hogueras que salpican a la tiniebla
 con surtidores de fuego.
 Diluvio de estrellas para construir el arca
 de nuestra muerte inmortal,
 con el cedro oloroso de la noche
 y los dos clavos húmedos de tu mirada.
 Y Dios que oye el silencio.
 ¡Y el tiempo. Y los guijarros. Y los hombres
 que ruedan a los vórtices!»

Poesía de dos caras ésta de Gonzalo Escudero, de dos planos, dos valencias. Desorbitada, grandilocuente, torrencial, en el anverso. Mesurada, grave, de interior deslumbramiento en el reverso. En el plano de la lírica, ecuatorial es el relieve másculo, la línea ascendente y viril, la caudalosa corriente sanguínea que va a nutrir un golfo de juventud y fuerza, al revés de esa hidrografía anémica que crece o decrece exclusivamente al influjo de la luna.—J O R G E C A R R E R A A N D R A D E.